

# 1

## La conocí en el premio Booker de Ficción . . .

Sucedió que (y todo esto más o menos sucedió) la conocí en el premio Booker de Ficción. Los dos acudimos a la gran cena de otoño para la entrega del premio en el London Guildhall; ella estaba allí para contar un tipo de historia, yo estaba allí para contar otro. Ella era una asistente de producción cubriéndolo en directo para el programa de televisión *Late Show* de la BBC, que por una vez se emitía más pronto de lo habitual; yo cubría el gran evento para la sección *What's Happening* del Dominical Serio en el que trabajaba –lo cual, dado que la comilona del premio Booker caía en un martes, significaba que mi artículo saldría más tarde de lo habitual. Y en realidad no llegó a salir porque mi Dominical Serio, como parece ser la costumbre de los Dominicales Serios, quebró durante el interludio.

Así que ella estaba liada con todas las técnicas modernas, los tubos y el cableado, las lámparas y dollies, las mochilas y betacams que se necesitan para transformar la vida real en una ficción tecnológica que podamos percibir de nuevo como realidad; yo tenía un boli Biro y una libreta de espiral en mi bolsillo. Ella era pelirroja, ataviada de negro escotado y atangado, como si estuviera a punto de asistir a un funeral erótico; yo, como nadie en el Dominical Serio me había advertido que el Booker es un evento de traje de pingüino, me había equipado con mis Reebok y mi chándal verde habituales –porque la nuestra, como sabes, es una era de color. Ella había llegado al resplandeciente London Guildhall, y descubriría más tarde por experiencia propia que también se marcharía, en una limusina de alquiler larga, baja y con chófer; yo había candado mi bicicleta de montaña a una buena farola de la City de Londres y depositado mi casco de ciclista

en el marmóreo gran baño abovedado de la planta inferior del Guildhall. Ella, enchufada y portapapeles en mano, estaba ya de guardia en el brillante vestíbulo acristalado, parando en cuanto entraban a los más brillantes y mejores de la flor y nata, y pidiéndoles que dijeran a las cámaras unas palabras vivaces sobre qué novela podía ganar. Y yo, habiendo sonsacado un pase de prensa reticentemente de las gélidas guardianas de la recepción, estaba siguiendo la antigua norma de mi aún más antigua profesión, y me dirigía desde el vestíbulo al salón para tener entre mis heladas manos una bebida que me hiciera entrar en calor.

Así pues, ella era una experta de los medios de comunicación y yo un tonto de las palabras; y parecía que nada en este viejo, extraño y descarriado sistema celeste nuestro podría habernos destinado a conocernos. Pero, de alguna manera, nos conocimos. “Tienes aspecto de ser un joven agradable y decente”, dijo ella, parándome con su portapapeles, “¿no te gustaría salir en televisión?” Hasta hoy, el mismísimo día de hoy (y con esto quiero decir el día en que me siento a escribir esto, no el día que, con el típico letargo de lector, tú te sientas a leerlo, algo que podría suceder dentro de años), no puedo comprender por qué ella tomó la fatal decisión de pararme a mí en vez de a otro, por qué supuso que las precipitadas opiniones de un periodista literario completamente desconocido (si es que sabía que eso es lo que yo era) acerca de las ficciones premiadas ese año podrían valer un penique al cansado espectador nocturno. Excepto, obviamente, que sí puedo entenderlo dado que verdaderamente yo era un joven agradable y decente (y lo sigo siendo, te lo aseguro, hasta hoy, el mismísimo día de hoy), mientras que la mayoría de los más brillantes y mejores de la flor y nata, quienes iban pasando con sus antiguas galas impregnadas de vino, definitivamente no lo eran.

Aún menos puedo entender por qué, cuando me preguntó, accedí. Excepto, obviamente, que sí puedo entenderlo, ¿pues quién entre nosotros, da igual lo sabio que sea en otras cosas, no es lo suficientemente tonto como para ser seducido por un poco de atención mediática, o no se supone que por aparecer en televisión de alguna manera nuestras vidas se hacen más reales? Debí haberlo pensado mejor; pero, francamente, no hay nada más erótico en este mundo que el objetivo

escrutador y absorbente de una cámara de televisión, especialmente cuando sus afirmaciones están respaldadas por el embrujo de su sonriente representante pelirroja, escotada y atangada. Así que me sonrió radiantemente, accedí amablemente; y entonces ella me cogió la mano y me condujo a donde estaba instalada la cámara, escondida en un rincón. Allí me presentó a la presentadora, quien, como todas las presentadoras de ese año del *Late Show*, tenía el pelo teñido con henna y estaba enormemente embarazada, me puso en posición ante la truculenta lente oscura de la cámara y su truculento camarógrafo, ladeó mi cabeza, enmarañó mi pelo, maquilló uno o dos granos de acné en mi rostro, recolocó un poco mis piernas, y me dejó a mi suerte.

Hasta hoy, el mismísimo día de hoy, realmente no puedo comprender por qué va y dije lo que entonces va y dije. Excepto, obviamente, que sí puedo comprenderlo. Porque este premio Booker en concreto caía justo en la calma, o el oscuro hueco, entre los Ochenta Empresariales y los Nerviosos, Nebulosos Noventa. En el Gran Mundo, allí fuera, más allá del formal London Guildhall y las nuevas torres financieras posmodernas de la City de Londres, más de cuarenta años de historia se deshacían día a día. El muro de Berlín acababa de caer, y ya estaba alcanzando altos precios en el mercado del arte (especialmente si podías encontrar un trozo firmado por Honecker). Ahora era Bush y no Reagan quien presidía los campos de golf y los déficits presupuestarios de los Estados Unidos; pero en el trono británico Margaret Thatcher seguía en el poder y en la Unión Soviética Mijaíl Gorbachov continuaba sobreviviendo, el gran arquitecto de la era de la glásnost y la perestroika. En toda Europa del Este caían estatuas y se desplomaban bustos de Lenin y Stalin, Ceausescu y Hoxha, ahora chatarra, historia malgastada. Se abrieron fronteras, media Albania estaba en barcos, se autoproclamaban repúblicas independientes, Alemania se daba la mano consigo misma en reunificación, y todos en todas partes hablaban del Gran Giro del mundo.

Así que historiadores espabilados anunciaban el Fin de la Historia, reporteros como yo señalaban el Fin de la Guerra Fría, políticos por todas partes hablaban del Nuevo Orden Mundial —especialmente los del Nuevo Mundo. El marxismo y la economía dirigida morían sencillamente por agotamiento terminal. Por otro lado, al capitalismo li-

beral tampoco le iba tan bien. Había crisis presupuestaria en Washington, recesión de consumo en Inglaterra, nerviosismo fiscal en Tokio y fraude bancario por doquier. En Bruselas, soñadores napoleónicos estaban reinventado Europa, si tan solo pudieran averiguar dónde empezaban y terminaban sus bordes. Había conflicto en Yugoslavia, disturbios independentistas en el Báltico y tensiones étnicas y tribales por todas partes. Fuera de los límites de Europa, Saddam Hussein (ex-guerrillero tikriti y hombre del año para la emisora *World Service* de la BBC), pensando que sería hermoso ser rey y cabalgar en triunfo a través de Persépolis, había mandado un ejército genocida a asesinar, violar y saquear en su amigable vecino de Kuwait. Mientras tanto, el milenio se acercaba, los casquetes polares se derretían, la capa de ozono se agotaba. Había plagas sexuales, inundaciones, sequías, severas hambrunas, terremotos, sarpullidos de furúnculos y grandes concentraciones de langostas. Para un joven agradable y decente como yo, con mi chándal verde y mis Reebok, eran tiempos preocupantes. Eran también *mis* tiempos.

Mientras, volviendo a la ficción británica, era tiempo de nostalgia. Casi todas de las seis novelas finalistas del Booker eran lo que, resplandeciente frente al ojo de la cámara, elegí calificar de forma imprudente como Novelas de Yayas –novelas por autores aparentemente todos ellos al final de su ochentena, casi cada uno con cuentos de amores adolescentes realizados con poca intumescencia bajo los parasoles de una playa de Deauville o Le Touquet (o puede que tan solo a bordo de una batea en el río Cam) durante el largo y bonito verano de 1913. Piénsalo. Allí estaba yo, un joven nacido justo antes del año del despegue a la Luna, una persona para quien todo lo anterior a la invención del Word Perfect era algo retrospectivo. Es poco sorprendente que las considerara novelas históricas –aunque sus autores, comprensiblemente dada su longevidad, insistían en que eran enteramente contemporáneas. Ahora soy un Nuevo Hombre, que vive en Camdem (o Islington, como preferimos llamarlo). Por descontado que nunca soy culpable de sexismo, racismo, ni viejismo o gerontofobia. Creo que los ancianos merecen poder decir la suya, como cualquier otro grupo desfavorecido. Pero también soy un ciudadano de la Londres sucia e inmundada de finales del triste siglo, donde los sin hogar duermen en

cajas, la basura se amontona en la calle, un viaje en metro nos recuerda que vivir en nuestra metrópolis en caída se parece cada vez más a existir en una Beirut devastada por la guerra, y el mundo de esas novelas en absoluto era el mío.

Ahora soy más mayor. Juzgándolo en retrospectiva veo que tal vez hablara un poco demasiado libremente, fuera una pizca extremo, algo extravagante, incluso puede que me excediera un pelín. Estaba hablando de libros que en el mejor de los casos había ojeado, y en el peor simplemente los había digerido leyendo la contraportada (si soy sincero, después encontré tiempo para leer bien varios de ellos y me sorprendieron gratamente). Sin duda, como afirmaban sus autores, eran libros engendrados por la profunda sabiduría de una experiencia humana plena nacida en los ardientes fuegos de la imaginación. Sé ahora que, a menudo, los jóvenes son los más nostálgicos de un pasado que aún tienen que conseguir, y tienen el vivaz instinto de falsear la historia. He descubierto con esfuerzo (con cuánto esfuerzo lo verás después, si sigues leyendo) que incluso las vidas de los viejos pueden ser complicadas, sabía su respuesta a la existencia, que hay cosas sobre la historia que debemos recordar. Pero imagina el escenario, intenta compartirlo. Yo aún era un inocente; allí delante mío había una cámara de televisión. Y el problema con ello es que, cuando la cámara te mira, crees que es a *eso* a lo que le estás hablando, o puede que incluso sea a la chica guapa que te mira fijamente desde al lado de eso, más que al enorme mundo que hay más allá. Pertenezco a la generación de reacciones instantáneas —pensar, comer, sentir sobre la marcha. La tele me pedía mi opinión inmediata. Fue mi opinión inmediata la que obtuvo.

Parloteé. Palabras como sentimental, provinciano, tradicional salieron libremente de mis labios. Tras varias frases, la presentadora de pelo teñido con henna me cortó, bastante abruptamente, pensé, el hilo, el camarógrafo comprobó la cinta, la chica del vestido escotado dijo “genial” (más tarde descubrí que lo decía todo el rato, sobre cualquier tema, bueno o malo). Alguien hizo pasar a la nueva víctima, que era John Mortimer, o si no alguien de su tamaño, porte y reputación; y yo, estúpidamente contento por haber tenido mi momento de fama mediática, mi tiempo en la eternidad fílmica, proseguí mi camino

hasta el vasto y abovedado vestíbulo decorado con buenos retratos al óleo de los grandes beneméritos londinenses, para recoger mi justa recompensa en forma de bebida revitalizante. Allí, camareras con delantales de volantes esperaban de pie, como si estuvieran contentas de verme, en los anchos escalones de piedra, sosteniendo bandejas de plata cargadas con los condimentos que alían estas grandes ocasiones: champán o su pariente más cercano, zumo de naranja, agua embotellada, brillantes gin-tonics en los cuales el casquete polar se derretiría antárticamente. Recogí dos vasos de champán, uno para mí y otro para algún supuesto acompañante; después de todo, pertenezco a esa nueva y genial generación que piensa que nunca se sabe si vas a tener suerte en una fiesta. Me encontraría entre escritores, quienes notoriamente consideran que un encuentro con bebidas es el preludio del adulterio general. Me abrí paso a la sala de los vestidos de pingüino.

Tardé un rato en darme cuenta de lo mal que había juzgado todo el evento. El hecho es que, en el Booker, los glamurosos no son en absoluto los literatos. La primera persona con la que hablé dijo que era Neil Kinnock, y me di cuenta después de que probablemente lo era. Puede que esa fuera la razón por la que mi parloteo sobre la ficción experimental en el mundo post-posmoderno no le sentara nada bien. Otra persona dijo que era Richard Rogers, quien probablemente *debería* haber hablado de Post-Posmodernismo, no sobre estrellas de cine que montaban a caballo. Alguien más afirmó ser el Gobernador del Banco de Inglaterra; alguien más explicó que cultivaba parte, o puede que todo, del West Country. Había más banqueros, empresarios, políticos, embajadores de varios países donde se leen libros. Juntos formábamos una extraña combinación, la flor y nata en sus blancos y negros, con sus insignias y condecoraciones colgando tristemente bajo sus pajaritas, yo en mi chándal verde y con mis zapatillas Rebook. Estaba con las clases parloteadoras, que parlotean con los parloteos de las clases parloteadoras tal y como les gusta parlotear cuando simplemente parlotean: de la ERM de los EMU, de los duros ECU y los reajustes moderados, de vacaciones y balnearios, de sus encantadoras villas en la Dordogne y su odio eterno a los franceses.

Al fin, impaciente, detuve a un traje de pingüino que pasaba —resultó ser John Major, aunque era algo que probablemente no sabía él